

## BLOC DE NOTAS

# El padre y la niña

Linn Ullmann, hija de Ingmar Bergman, escribe una conmovedora crónica familiar partiendo de las cintas grabadas en los momentos que pasaron juntos

LUIS M. ALONSO

Hay un atractivo timbre anónimo en “Los inquietos” que convierte esta novela familiar de Linn Ullmann (Oslo, 1966) en una lectura irresistible. La narradora, hija de Ingmar Bergman y de la actriz Liv Ullmann, nunca conoció a sus padres siendo pareja. Jamás existió un nosotros, solo los progenitores, cada cual por su lado, y sus respectivos mundos, en los que la narradora, “la niña”, lucha toda su vida para ejercer un papel estable. Como ella menciona más de una vez, no hay una sola foto de los tres juntos; la familia nuclear que tanto le duele solo la puede imaginar. Fruto de una relación entre el cuarto y quinto matrimonio del famoso director y guionista de cine, vive con su madre, habitualmente en Noruega, pero todos los veranos visita al padre en su casa en la isla de Fårö, frente a la costa sueca. A pesar del escaso tiempo que pasan en compañía, él ocupa un lugar preponderante en su cabeza: en las ausencias le otorga una dimensión heroica.

Si bien el padre es una montaña remota pero inamovible, la narradora se siente libre de rebelarse contra la madre, que le resulta familiar pero también más propensa a la inestabilidad y las crisis. Dentro de esta complicada relación, la niña sufre cuando Liv se ausenta o se olvida de llamar a la hora prometida, y la trata con crueldad. ¿Qué clase de madre se va y deja a su hija, una y otra vez?, se mortifica. En Oslo, Los Ángeles, Londres y Nueva York, Linn se queda con su abuela, o las niñeras, rumiando la soledad y la desesperación. En “Los inquietos”, que acaba de publicar la editorial Gatopardo, Ullmann avanza y retrocede en el tiempo desde la primera infancia hasta los meses cercanos a la muerte de Ingmar Bergman en 2007. Padre e hija planean colaborar en un libro sobre el envejecimiento. Graban en audio las conversaciones, pero el proceso se detiene en el instante en que el director de cine empieza a deslizarse hacia la demencia. Cuando finalmente se anima a escuchar las cintas, años después de su muerte, decide que el libro debe ser sobre una niña y su padre, sin necesidad de identificarse e identificarlo.

“El enorme y conmovedor amor” que unió a los padres de Ullmann acabó cuando la autora de “Los inquietos” tenía apenas tres años, en 1969. Ellos decidieron que Linn debería pasar un mes de cada doce con su padre en su extensa casa de verano de Hammars, en Fårö. Son breves visitas y a la vez grandes encuentros con el gran hombre por las mañanas, baños solitarios en la piscina, la presencia en la sombra de hermanastras y hermanastras, y horas transcurridas

también en soledad en el cuarto donde tienen la ropa a secar. Linn escribe de su padre que cuando era pequeña se miraban con una especie de inquietud y una persistente curiosidad. La niña teme alejarse de la madre, mientras aguarda con impaciencia la hora de poder visitar la isla. En las páginas de “Los inquietos”, casi nadie es citado por su nombre. Desde el anonimato de los personajes, Ullmann va de la primera a la tercera persona,

y del pasado al presente en una búsqueda incesante de sí misma y de sus distantes progenitores. Ella hace las preguntas, él contesta. Linn transcribe el resultado y luego se sientan juntos para editar el material. El resto de la narración lo ocupan los recuerdos del tiempo en que estuvieron juntos dándole vueltas a la idea de escribir el libro y otros muchos extraídos de los cuadernos azules con las viejas fotos del padre, sus veraneos de la infancia cuando lo llamaban Pu y se imaginaba dando la vuelta al mundo en bicicleta.

Las transcripciones de las cintas, que permanecieron en una caja durante años, son en su mayoría intrascendentes, pero ayu-

dan a entender el proceso de acercamiento entre hija y padre, mientras la vida de este declina. Bergman sufrió una serie de accidentes cerebrovasculares menores en la primavera de 2007 y quedó atrapado en una silla de ruedas. Llegado ese momento, rara vez responde a las preguntas; se obsesiona con viajar para ver a su madre, muerta desde hace cuatro décadas. En un ataque de coherencia le dice a su hija que entre ellos la diferencia de edad es tan grande que simplemente no tienen mucho de qué hablar. Es la triste conclusión de un trabajo a medias. Cuando Linn nació, Bergman ya había cumplido los 48 años, queda el padre moribundo para cantar canciones de cuna mientras se acurrucan en la cama. Envejecer es un coñazo, un duro oficio nada glamuroso, recuerda el autor de “Fresas salvajes”. Hermosa narración.



### Los inquietos

Linn Ullmann  
Traducción de  
Ana Flecha Marco

Gatopardo, 392 páginas  
21,95 euros



## TINTA FRESCA

# Ahogados en las penas

Fernando Marías evoca en “Arde este libro” una estremecedora historia de pliegues autobiográficos

TINO PERTIERRA

Damos la palabra a Fernando Marías:

“Te incineraron con una novela mía entre las manos. Por eso escribo este libro”. Esta es la primera frase de “Arde este libro” y también la causa de que fuera escrito. Mi compañera de muchos años, Verónica, que vivía ya en Francia, murió, una muerte largamente esperada, pero no me esperaba este impacto de la novela entre sus manos. Abrí el ordenador, era 2012, escribí esta frase y empecé a indagar en nuestra historia dispuesto a contar la esencia de lo que fuimos: amos, desamor, alcohol, desarraigo, autodestrucción... Una historia así solo se puede escribir desde la veracidad desnuda de pudor. Decidí establecer un diálogo con la memoria de Verónica. Concluir el libro en estas condiciones me ha hecho comprender que lo he escrito para que ella, una persona buena, no sea olvidada”.

Es Fernando Marías uno de los escritores españoles que mejor colocan la primera piedra de esa construcción compleja y armoniosa que es un libro. La frase inicial permite establecer una conexión inmediata con los lectores. “Te incineraron...”. Y luego podemos pinzar palabras sueltas en las líneas siguientes: nuestra historia, calvario, sin retorno ni piedad, el primer abrazo y este último diálogo. Y advierte que el texto que se avecina no será cómodo ni limpio ni bonito, a pesar de que por algunas de sus páginas parpadearán señales de ese prestigios espejismo que nos empeñamos en llamar amor”.

Fugaces seres humanos, atención: esto os atañe. La presentación, el nudo y el desenlace ya irrumpen desde el principio: “poco importan el argumento o su conclusión”. Un libro sarcófago, tal vez. Vivir y recordar pueden ser dos formas contradictorias de lo real. Todos arderemos como libros arrojados al fuego, pero, mientras llega ese momento, Marías rescata de sus cenizas la memoria, su memoria, la memoria de dos personas que no se pudieron decir adiós. Les presento a Veronique Lebrun Lapierre, Verónica para quien la recuerda con palabras que dejan huella, rescoldos de un fuego que camina a nuestro lado.

Marías nos paga el billete para un viaje que empieza en los años 80 y mira a los ojos del abismo del alcohol, que exige un precio muy alto a quienes se arrojan a él. Hay paradas en las cicatrices del amor y las heridas del tiempo. O viceversa. Con escalas en el ayer que descifra el presente y especula con el futuro. Conexiones directas con vidas que serán muertas algún día, pero antes dejan inolvidables recorridos por la dulce intimidad compartida. Estamos hechos de contradicciones y errores, nuestra movida particular empieza con un buen trago y termina siendo una resaca continua, una caída en los infiernos donde se esperaba euforia y solo hay mundos en llamas. El sordo clamor de la culpa cruza como un latigazo unas páginas estremecedoras. Y entre sus pliegues quizá habite la luz a veces prodigiosa de la redención...



### Arde este libro

Fernando Marías

Alrevés, 20 euros, 224 páginas